

LOS ESTUDIOS SOBRE LOS PARTIDOS POLÍTICOS: UNA REVISIÓN CRÍTICA*

por José Ramón Montero** y Richard Gunther***

Es probable que muchos estudiosos de la ciencia política alberguen sentimientos encontrados ante la aparición de nuevos textos sobre los partidos políticos. Para algunos de ellos, la bibliografía existente sobre partidos sería suficiente, por lo que poco más podría aprenderse de un estudio adicional tras más de un siglo de investigación académica sobre la cuestión. Y es posible que otros especialistas tampoco consideren necesarios nuevos trabajos empíricos sobre los partidos dado que a su juicio estarían convirtiéndose en actores crecientemente irrelevantes, que fracasan en dar respuestas a muchos problemas políticos, y muchas de cuyas funciones están siendo cumplidas con mayor eficacia por movimientos sociales organizados informalmente, por el contacto directo entre los políticos y los ciudadanos a través de los medios de comunicación o de Internet, o por innovaciones de la democracia directa. Para estos especialistas, los partidos estarían inmersos en un proceso inexorable de declive. Finalmente, un tercer grupo de expertos podría concluir que la investigación académica sobre los partidos no ha conseguido avanzar en la tarea de desarrollar una teoría rigurosa y convincente, y que cualquier esfuerzo que siga las vías clásicas está condenado al fracaso. Una afirmación de este tipo resultará especialmente atrayente para los investigadores que hayan adoptado aproximaciones analíticas que concedan poco valor al estudio de organizaciones complejas o de instituciones

* Este artículo es una versión reducida del capítulo introductorio incluido en Richard Gunther, José Ramón Montero y Juan J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press, 2002. Queremos agradecer la traducción del inglés realizada por Luis Ramiro, las facilidades del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales del Instituto Juan March y la financiación del Ministerio de Ciencia y Tecnología (SEC2000-0758-CO2-01).

** Profesor de ciencia política en la Universidad Autónoma de Madrid y en el Instituto Juan March de Madrid. E-mail: montero@ceacs.march.es.

*** Profesor de ciencia política en la Ohio State University. E-mail: gunther.1@osu.edu.

políticas y que estimen que el estudio de los partidos es irrelevante para el desarrollo de una teoría de la política de corte universal.

Comenzaremos este artículo revisando cada una de esas afirmaciones. El lector no debe sorprenderse al comprobar que para nosotros esas visiones negativas son injustificadas. Argumentaremos que, a comienzos del siglo XXI, los partidos se enfrentan a una serie de nuevos desafíos, muchos de los cuales no han sido ni anticipados ni abordados correctamente por la bibliografía existente sobre los partidos. Y aunque reconocemos la debilidad general de los esfuerzos realizados para construir una teoría sobre los partidos, pensamos que la continua importancia de éstos en todos los sistemas democráticos, en combinación con la urgente investigación empírica requerida por las nuevas preguntas que han surgido al calor de los problemas existentes, confieren especial relevancia a la tarea de formulación y comprobación sistemática de hipótesis más sofisticadas y fundamentadas empíricamente, con el objetivo último de desarrollar un conjunto convincente de teorías de rango medio. Aunque se han hecho algunos avances con relación al estudio de los sistemas de partidos, estimamos que una reevaluación crítica de los conceptos y modelos tradicionales sobre los partidos *per se* debería haberse realizado hace tiempo, particularmente en lo que toca a su capacidad para tratar adecuadamente los desarrollos recientes y los nuevos desafíos con los que se han enfrentado los partidos a lo largo de las dos décadas pasadas.

La creciente bibliografía sobre los partidos

Debemos comenzar por conceder al primer grupo hipotético de escépticos que no existe ciertamente una escasez de libros y artículos sobre los partidos. Como han señalado Strøm y Müller (1999: 5), “la bibliografía académica que examina los partidos políticos es enorme”. De hecho, los partidos fueron de los primeros objetos de análisis presentes en el mismo nacimiento de la ciencia política moderna, como ejemplifican los trabajos clásicos de Ostrogorski (1964 [1902]), Michels (1962 [1911]) y Weber (1968 [1922]). En los años siguientes se publicaron varios libros extremadamente importantes (por ejemplo, Merriam 1922, Schattschneider 1942 y Key 1949), pero fue realmente en los años cincuenta, sesenta y setenta cuando los estudios sobre los partidos culminaron como un auténtico subcampo de la ciencia política. Trabajos como los de Duverger (1954), Ranney (1954), Neumann (1956), Eldersveld (1964), Sorau (1964), LaPalombara y Weiner (1966) —que incluía la contribución seminal de Kirchheimer—,

Epstein (1967), Lipset y Rokkan (1967) y Sartori (1976) establecieron las bases conceptuales y empíricas de incontables estudios de política comparada. En términos del número absoluto de publicaciones, el crecimiento de este subcampo ha sido espectacular. Desde 1945 se han publicado, únicamente en Europa occidental, aproximadamente 11.500 libros, artículos y monografías que tratan sobre los partidos y los sistemas de partidos (Bartolini, Caramani y Hug 1998)¹. ¿No es suficiente?

Nosotros creemos que no. En sentido opuesto a la afirmación de que “la edad de oro de la bibliografía sobre partidos puede ya haber pasado” (Caramani y Hug 1998: 520), estamos convencidos de que es más importante que nunca estudiar los partidos y los papeles que desempeñan en las democracias modernas. Para empezar, los partidos han estado siempre entre el puñado de instituciones cuyas actividades son absolutamente esenciales para el funcionamiento apropiado de la democracia representativa. Dada la centralidad y la misión fundamental de los partidos, no es sorprendente que los analistas de la democracia hayan reconocido, desde los mismos comienzos de la ciencia política moderna, la importancia de supervisar y analizar constantemente su evolución y sus rendimientos. Bryce (1921: 119), por ejemplo, ha argumentado que “los partidos son inevitables: no ha existido ningún país libre sin ellos; y nadie ha mostrado cómo podría funcionar el gobierno representativo sin ellos”. A comienzos de la década de los cuarenta, Schattschneider (1942: 1) resumió sucintamente su importancia al afirmar que “la democracia moderna es impensable salvo en términos de los partidos políticos”. Algunas décadas más tarde, otros autores emplearon palabras similares para ilustrar el papel central desempeñado por los partidos. Como lo describe Stokes (1999: 245), los partidos son “endémicos a la democracia, una parte inevitable de la democracia”. En Estados Unidos los expertos han juzgado tradicionalmente que “los partidos se encuentran en el corazón de la política americana” (Aldrich 1995: 3). Sin quedarse atrás, los especialistas en Europa occidental han sostenido que “las democracias europeas no son sólo democracias parlamentarias, sino también democracias de partidos” (Müller 2000: 309)².

¹ De estas publicaciones, alrededor de la mitad ha aparecido en revistas, una cuarta parte en libros, y las demás en volúmenes editados. Véase Caramani y Hug (1998: 512). Para dos bases de datos diferentes y más limitadas, véanse Norris (1997) y Karvonen y Ryssevik (2001).

² Los capítulos incluidos en Gunther, Montero y Linz (2002), del que este artículo es básicamente el capítulo introductorio, también reconocen la importancia de los partidos y presentan discusiones esclarecedoras sobre los papeles desempeñados por los partidos en varias dimensiones de la vida política democrática.

Después de varios años en los que el interés académico por los partidos parecía haber decaído, ha habido recientemente una notable revitalización de este subcampo de estudio. La aparición en 1995 de la revista *Party Politics*—dedicada explícitamente al examen sistemático de los partidos y los sistemas de partidos desde una variedad de perspectivas— ha estado acompañada por una expansión sustancial de estudios comparativos sobre los partidos³. En conjunto, este nuevo despertar del interés por los partidos ha sido tan considerable como para hacer aparecer el declive temporal de este subcampo de estudio tras su “edad de oro” como una curiosa anomalía⁴. Como ha señalado Mair (1997: vii), “hace poco más de una década, los estudiosos de los partidos políticos eran acusados frecuentemente de estar dedicados a una rama de la disciplina un tanto pasada de moda; hoy éste es un campo prometedor que rebosa salud”. Lejos de declinar en relevancia, creemos que un reexamen de las teorías predominantes sobre los partidos y de sus actividades en distintos sistemas políticos debe continuar ocupando un lugar prominente en la agenda de investigación de la ciencia política.

Evaluando el declive de los partidos

Paradójicamente, esta revitalización del interés académico por los partidos ha coincidido con frecuentes afirmaciones de que los partidos han entrado en un proceso irreversible de declive. Ciertamente, si la hipótesis del “declive de los partidos” se confirmase en muchos sistemas democráticos contemporáneos, podríamos concluir que nuevos estudios sobre los partidos serían crecientemente irrelevantes. Pero sostenemos que justamente lo contrario es cierto. Más que asumir que un presunto declive de los partidos debe implicar un declive de la literatura científica sobre ellos, creemos que la aparición de nue-

³ Entre los muchos libros que han aparecido recientemente en este ámbito están los de Katz y Mair (1994), Kalyvas (1996), Scarrow (1996), Ware (1996), Mair (1997), Boix (1998), Müller y Strøm (1999a), Dalton y Wattenberg (2000a), Diamond y Gunther (2001) y Farrell, Hollyday y Webb (de próxima publicación). Además, Wolinetz (1998a, 1998b) ha editado dos volúmenes muy útiles que incluyen destacados artículos de revistas sobre partidos y sistemas de partidos publicados desde los años sesenta.

⁴ Además, a lo largo de las dos últimas décadas, el estudio de los partidos ha emergido como un campo claramente identificable dentro de la ciencia política. Como consecuencia, se han incluido capítulos dedicados específicamente a los partidos en obras que pretenden dar una visión de conjunto sistemática de esta disciplina. Véanse Epstein (1975, 1983), Crotty (1991) y Janda (1993).

vos desafíos apunta a una reevaluación tanto de los partidos como de algunos aspectos de la bibliografía tradicional que se ha ocupado de su estudio. Como demuestran muchos capítulos incluidos en los libros sobre partidos publicados más recientemente (por ejemplo, Strøm y Svåsand 1997a, Dalton y Wattenberg 2000a, Diamond y Gunther 2002 y Gunther, Montero y Linz 2002), estas venerables organizaciones han sido forzadas a enfrentarse a una amplia variedad de nuevos retos. Lo que no está completamente claro es el grado en que los partidos hayan fracasado al responder a esos desafíos y, por lo tanto, se haya iniciado un declive de su importancia como actores institucionalizados de la política democrática. Como han señalado Strøm y Svåsand (1997b: 4), “los tratados catastrofistas sobre los partidos se han convertido en una industria creciente durante las pasadas dos décadas, pero esta visión sombría de los partidos contemporáneos está lejos de ser autoevidente”. En consecuencia, las preguntas de investigación que surgen de esa línea de especulación se refieren a la medida en que los partidos han declinado verdaderamente como organizaciones, como objetos de la lealtad de los ciudadanos, como movilizadores de votos y como actores clave en la política democrática. Todas ellas son preguntas empíricas cuyas repuestas no deben ser asumidas o generalizadas excesivamente.

Una segunda línea de investigación potencialmente fructífera que emerge desde las reflexiones sobre el declive de los partidos se refiere a la naturaleza de los desafíos a que se enfrentan los partidos contemporáneos, así como a sus reacciones ante esos desafíos. Algunos de estos últimos tienen su origen en cambios sociales recientes. En muchos países, los niveles de afiliación a los partidos y a sus organizaciones afines han caído significativamente, poniendo así en cuestión la viabilidad de las estructuras institucionales basadas en la participación de las masas que tuvieron su origen en etapas históricas anteriores. Las tendencias hacia la secularización han debilitado el peso de los partidos confesionales, al mismo tiempo que el crecimiento de la riqueza y la expansión de las clases medias han reducido la base electoral potencial de los partidos ligados a la clase obrera. La mayor participación de las mujeres en la fuerza de trabajo ha situado nuevas demandas en las agendas políticas de los partidos y ha creado un nuevo electorado en busca de representación. Las migraciones internacionales masivas han llevado a muchos individuos a sociedades en las que carecen de partidos propios, lo que en algunos lugares ha producido reacciones xenófobas que han alimentado el crecimiento de nuevos tipos de partidos de derecha.

Otros desafíos a los partidos han aparecido como consecuencia de los mayores recursos que poseen los ciudadanos. Individuos más educados, y

que nunca han experimentado privaciones económicas, han tendido a adoptar valores postmaterialistas que han entrado en conflicto con las ideologías tradicionales de muchos partidos y han provocado el incremento de expectativas participativas que son satisfechas mejor por los nuevos movimientos sociales, los grupos de interés centrados en una única cuestión y las formas no convencionales de participación. Más informados, los ciudadanos son también capaces de incrementar sus capacidades de participación, de expandir su acceso a canales de información independientes, y de desarrollar sus propias orientaciones actitudinales hacia la política y los partidos al margen de la guía de asociaciones secundarias o de “líderes de opinión”. Algunas de estas tendencias han debilitado los vínculos estructurales y psicológicos entre los partidos y los ciudadanos, como queda reflejado en los menores niveles de identificación partidista y en el incremento de los sentimientos de insatisfacción, de cinismo e, incluso, de alienación política.

Otros retos tienen sus orígenes en desarrollos tecnológicos. Los medios de comunicación de masas han abierto nuevas vías para el contacto directo entre los ciudadanos y sus líderes políticos, lo que supone que estos últimos ya no precisen de los cauces partidistas tradicionales. La rápida extensión del acceso a Internet ha creado redes masivas y complejas de comunicaciones horizontales directas entre los ciudadanos y ha establecido, al mismo tiempo, bases potenciales para la segmentación de los mensajes que envían los políticos a sectores específicos y especializados de la sociedad. El lado negativo de estos avances en las comunicaciones es el enorme costo del establecimiento de tales redes, de los consultores encargados de la elaboración de mensajes y de imágenes atractivas de los políticos y, en algunos países (especialmente en Estados Unidos), de la adquisición de espacios en la radio o en la televisión para la emisión de publicidad. Los espectaculares incrementos en el costo de las campañas han obligado a los partidos a buscar grandes volúmenes de ingresos procedentes de fuentes públicas y privadas, lo que en ocasiones ha supuesto la adopción de prácticas corruptas de diverso tipo (o la sospecha de su existencia). Por último, los procesos de descentralización de la autoridad gubernamental hacia los niveles locales y regionales de gobierno han generado, en varios países, nuevos desafíos asociados a la competición electoral en los niveles nacional y subnacional⁵.

⁵ Véase la exploración sistemática de estos temas en Strøm y Svåsand (1997b). A pesar de que ese libro se concentra en el caso de Noruega, sus resultados tienen implicaciones más amplias para los sistemas democráticos occidentales. Véanse también Dalton y Wattenberg (2000b) y Bartolini y Mair (2002).

Los efectos acumulados de estos retos han dado lugar en algunas democracias occidentales a una literatura caracterizada por análisis un tanto fatalistas de los síntomas organizativos, electorales, culturales e institucionales del declive de los partidos (por ejemplo, Berger 1979, Offe 1984 y Lawson y Merkl 1988a). Para algunos investigadores, estos desafíos son tan serios como para amenazar la propia supervivencia de los partidos. Según han afirmado Lawson y Merkl (1988b: 3), “pudiera ser que el partido como institución estuviera desapareciendo gradualmente, siendo reemplazado paulatinamente por nuevas estructuras políticas más adecuadas a las realidades económicas y tecnológicas de la política del siglo XXI”.

Los partidos en las nuevas democracias han tenido que enfrentarse a un conjunto adicional de desafíos. Con la “tercera ola” de democratización, han nacido o han sido restablecidas instituciones partidistas en docenas de sistemas políticos en los que o bien faltaba una tradición de estabilidad democrática o nunca habían experimentado gobiernos verdaderamente democráticos. En esos casos, los partidos no sólo han tenido que realizar las funciones típicas que les corresponden en las democracias consolidadas (como el reclutamiento de candidatos, la movilización del apoyo electoral, la estructuración de las agendas políticas y la formación de gobiernos), sino que también han sido actores clave en el establecimiento y consolidación de los nuevos regímenes democráticos. Además, han debido ellos mismos institucionalizarse como organizaciones partidistas viables⁶.

Estos desafíos han sido a menudo bastante severos y han forzado a los partidos a realizar considerables esfuerzos para adaptarse a las cambiantes condiciones de la competición política. También han afectado a las democracias occidentales al facilitar la aparición de nuevos tipos de partidos asociados a los nuevos movimientos sociales. Pero en ningún caso han llevado a la desaparición de los partidos o a su reemplazo por otros tipos de organizaciones (como los grupos de interés o los movimientos sociales) o prácticas institucionalizadas (como las de la democracia directa). De ahí que deba revisarse una buena parte de la literatura de tono alarmista respecto al declive de los partidos. Como ha señalado Tarrow (1990: 253), los estudios sobre la relación entre los

⁶ Estos argumentos se desarrollan más extensamente en varios libros recientes que tratan sobre los partidos en las nuevas democracias del sur de Europa (Pridham y Lewis 1996, Morlino 1998, Ignazi e Ysmal 1998, Diamandouros y Gunther 2001), América Latina (Mainwaring y Scully 1995), Europa central y del este (White, Batt y Lewis 1993, Evans y Whitefield 1996, Hofferbert 1998, Hermet, Hottinger y Seiler 1998, Kitschelt *et al* 1999) y el este de Asia (Stockton 2001).

partidos y los nuevos movimientos sociales adolecen de una sobreestimación de la distancia entre estos dos conjuntos de actores, tanto como de una infraestimación de la capacidad de los partidos para adaptarse a las demandas de la “nueva política”. Aldrich (1995: cap. 8) es incluso más radical en su reevaluación de esta literatura, sugiriendo que los estudios relativos a “las tres *Des*” (decaimiento, declive y descomposición de los partidos) deben reemplazarse por “las tres *Erres*” (reaparición, revitalización y resurgimiento de los partidos), a la luz de los profundos cambios en las funciones y objetivos de los partidos estadounidenses contemporáneos⁷. En un grado aún mayor, los partidos de Europa occidental han sido, y todavía parecen ser, capaces de superar con éxito esos retos a través de procesos de adaptación a lo largo de las tres pasadas décadas⁸. De hecho, Kuechler y Dalton (1990: 298) han afirmado que el principal (y claramente inintencionado) impacto del surgimiento de los nuevos movimientos sociales ha consistido en forzar a los partidos a adaptarse e iniciar procesos evolutivos de cambio que, además, han contribuido a garantizar la estabilidad a largo plazo del sistema político. Ello puede ser cierto pero, si es así, ese argumento sugiere que la literatura sobre el declive de los partidos debería reformularse sustancialmente. Debería, en primer lugar, abandonar el carácter determinista de su valoración del impacto negativo de una amplia variedad de factores causales sobre los partidos. Y debería también, en segundo lugar, reconocer los importantes papeles desempeñados por las elites de los partidos en la adopción de estrategias para responder a los desafíos externos y para mantener con éxito organizaciones razonablemente cohesivas y competitivas electoralmente (véase Rose y Mackie 1988). Hasta la fecha, el efecto neto ha sido que, a pesar de experimentar periodos de desalineamiento electoral durante las tres décadas pasadas, la mayoría de los indicadores disponibles sugiere que “los partidos están vivos y activos en el proceso de gobierno” (como describen Dalton y Wattenberg, 2000b: 273). Y contrariamente a las predicciones del declive de los partidos desde los años ochenta, éstos persisten como los actores más importantes en los sistemas democráticos. En palabras de Mair (1997: 90), “los partidos continúan importando.

⁷ Para revisiones similares de los argumentos sobre el declive de los partidos realizados por Broder (1972), Crotty (1984) y Wattenberg (1990), véanse Schlesinger (1991) y Coleman (1996).

⁸ Para evaluaciones críticas de la bibliografía sobre el declive de los partidos, véanse Strom y Svasand (1997a), Reiter (1989), Beyme (1993: cap. 2), Schmitt y Holmberg (1995), Mair (1997: caps. 2 y 4), Dalton y Wattenberg (2000b) y el número especial de *European Journal of Political Research* (Vol. 29, N° 3, 1996) editado por Poguntke T. y S. E. Scarrow y dedicado a “The Politics of Anti-party Sentiment”.

Los partidos continúan sobreviviendo. Los viejos partidos que existían bastante antes de que Rokkan elaborara su argumentación sobre el congelamiento existen todavía hoy y, a pesar de los desafíos procedentes de nuevos partidos y de nuevos movimientos sociales, la mayoría de ellos todavía permanece en posiciones poderosas y dominantes (...). De acuerdo con Rokkan, las alternativas partidistas de los años sesenta eran más antiguas que la mayoría de sus electorados nacionales. Treinta años después, estos mismos partidos todavía continúan dominando la política de masas (...). En nuestros días, en resumen, son incluso más antiguos”.

Reforzando la teoría sobre los partidos

Una tercera posible fuente de escepticismo sobre el valor de un nuevo libro sobre partidos podría basarse en la decepción producida por el subdesarrollo de la teoría sobre los partidos, y en el pesimismo respecto a si ésta culminará alguna vez en un cuerpo convincente de teoría de rango medio que sirva para orientar la investigación futura de un modo consistente y coherente. Pese a reconocer la debilidad general de la teoría en este campo (desde luego, comparado con el más amplio consenso sobre los conceptos, los términos y los indicadores operativos que caracteriza a otros subcampos de la ciencia política), creemos que algunas de estas críticas son excesivas y no compartimos su pesimismo sobre la evolución futura de esta bibliografía. Desde su mismo inicio, la literatura sobre partidos ha buscado elevarse por encima del nivel de la mera descripción (véase Daalder 1983). A lo largo del pasado medio siglo, muchos investigadores han intentado generar proposiciones teóricas sobre el comportamiento de los partidos, han propuesto diversas tipologías en un esfuerzo por dar sentido a la extraordinaria variedad de partidos que existen y/o han tratado de establecer conceptos que puedan servir como piedras angulares de propuestas teóricas de alcance medio. Como han documentado Caramani y Hug (1998: 507), alrededor de un tercio de las publicaciones relacionadas con los partidos europeos son de naturaleza teórica o analítica⁹. Dado el papel prominente jugado por los partidos en la política democrática, el continuo

⁹ Otro tercio de esta literatura se ha dedicado al estudio de la organización de los partidos, a su participación en el proceso electoral o a sus bases de apoyo electoral. El tercio restante ha consistido en estudios de la ideología de los partidos, la formulación de políticas, y sus papeles en el parlamento y en el gobierno. Véase también Bartolini, Caramani y Hug (1998).

impacto sobre esta bibliografía de las contribuciones clásicas que citábamos antes y la considerable cantidad de publicaciones que han aparecido en décadas recientes, cabría esperar que hubiera habido cierta convergencia académica alrededor de un marco teórico sistemático. Pero no ha sido así. Una parte sustantiva de la teorización sobre los partidos ha sido poco convincente, tan inconsistente como para no haber servido de base a la comprobación sistemática de hipótesis o a la construcción acumulativa de teoría, o tan dividida entre tradiciones de investigación divergentes como para haber impedido la elaboración teórica.

Esta debilidad teórica fue inicialmente señalada por Duverger (1954: xiii). En los primeros párrafos de su clásico libro hacía un llamamiento a romper el círculo vicioso que afligía a la literatura sobre partidos: por un lado, una teoría general de los partidos debe estar basada en estudios empíricos; por otro, los estudios empíricos deben estar guiados por hipótesis derivadas de algún cuerpo de teoría, o al menos de un conjunto de proposiciones teóricas comúnmente aceptado. En realidad, ninguna de estas condiciones se cumplió, en detrimento del desarrollo de este campo de investigación. Una generación después, Sartori (1976: x) comenzaba su libro con una crítica al desequilibrio resultante de la continua debilidad de la teoría sobre los partidos y de la abundancia de materiales empíricos que no eran fácilmente comparables o acumulativos. Y en la actualidad parece persistir una insatisfacción ampliamente extendida al respecto: Los estudios sobre los partidos han realizado pocos progresos en el desarrollo de una teoría construida sobre análisis empíricos comparativos y sistemáticos, hipótesis generalizables y susceptibles de ser sometidas a comprobación, y explicaciones válidas de fenómenos centrales (Wolinetz 1998c: xi y xxi y Crotty 1991).

A lo largo de las últimas décadas, ha habido algunos intentos relevantes de construir teorías basándose en aproximaciones que a veces eran complementarias y a veces rivales e incluso incompatibles. Estas diversas aproximaciones han sido categorizadas por muchos autores como histórica, estructural, de comportamiento, ideológica y funcional-sistémica (por ejemplo, Lawson 1976: cap. 1 y Ware 1996: cap. 6). Otras revisiones más centradas en los sistemas de partidos que en los partidos *per se* las clasificaron en genética, morfológica, competitiva e institucional (Bartolini 1986 y Epstein 1975). Es evidente, a partir de esta breve enumeración, que tales esfuerzos han sido numerosos y diversos.

Entre estos intentos de construcción teórica, uno de los más significativos tuvo lugar en medio de la gran expansión de los estudios sobre partidos ocurrida en los años sesenta. Dado que en aquel momento el funciona-

lismo estructural era el paradigma más sugestivo en la política comparada, no es sorprendente que muchos estudios estuvieran íntimamente unidos a sus premisas centrales. Esta aproximación tuvo un impacto sustancial sobre el estudio de los partidos, en parte porque surgió en un periodo crucial para la institucionalización definitiva de los partidos en las democracias occidentales y porque coincidió con la aparición de muchos nuevos partidos en las efímeras democracias nacidas tras la descolonización en África y Asia (véase Kies 1966). Bajo estas circunstancias, caracterizadas por la proliferación de tipos muy divergentes de instituciones políticas en sociedades que se encontraban en fases de desarrollo socioeconómico muy diferentes, la adopción de un marco funcionalista estructural común suponía una prometedora herramienta para el estudio científico y comparativo de la política. Mantenían sus cultivadores que la teorización sobre los partidos (y otros importantes fenómenos políticos) avanzaría mediante la identificación de los atributos y las funciones comunes desempeñados por los partidos en todos los sistemas políticos, independientemente de su diversidad institucional, social y cultural. Para facilitar la comparación, o al menos para intentar discernir temas comunes entre trayectorias ampliamente divergentes de desarrollo, se afirmaba que los partidos eran los principales realizadores de las funciones de agregación y articulación de intereses y, en menor medida, de las de socialización, reclutamiento y comunicación políticas. Se pensaba que este fundamento común podría servir como base para la elaboración de conceptos, razonamientos deductivos y ambiciosas proposiciones teóricas¹⁰.

Por distintas razones, esta aproximación teórica se agotó. Su desaparición puede ser atribuida parcialmente a la desconcertante y anti-acumulativa (y, por lo tanto, no científica) capacidad de aparición de nuevas tendencias, que ha supuesto –demasiado a menudo– cambios radicales de paradigma en la ciencia política. Pero su extinción fue también consecuencia de los defectos inherentes a esa aproximación, particularmente su carácter estático, su etnocentrismo y la propensión de muchos de sus seguidores a subrayar el equilibrio, la estabilidad y la funcionalidad de las instituciones por encima del conflicto y el cambio. Pudieron así formularse críticas más radicales por su naturaleza tautológica, por su confusión sobre dimensiones conceptuales básicas, y por la frecuente debilidad del vínculo que se establecía entre las proposiciones centrales de la teoría y el análisis empírico que se realizaba; esta última deficiencia era un resultado

¹⁰ Entre las muchas contribuciones clásicas de este género, véanse Almond (1960), Almond y Powell (1966: cap. 5), Holt (1967) y varios de los capítulos incluidos en LaPalombara y Weiner (1966).

lógico de la falta de operacionalización de conceptos y de la ausencia de hipótesis contrastables¹¹. En cualquier caso, ese intento por establecer un marco universalista para el análisis de la política en general, y de los partidos en particular, desapareció a mediados de los años setenta.

Un segundo esfuerzo significativo por desarrollar una teoría universalista de los partidos es la aparición, a lo largo de la pasada década, de diversos estudios que analizan los partidos desde la perspectiva de la elección racional. Siguiendo el clásico libro de Anthony Downs (1957), las diferentes corrientes de la escuela de la elección racional han intentado formular conjuntos compatibles de hipótesis altamente estilizadas y fundadas en un grupo común de supuestos sobre los individuos y sus objetivos. En Estados Unidos, esta perspectiva ha transformado desde mediados de los sesenta el estudio de los partidos americanos. Previamente, como ha señalado Aldrich (1995: cap. 1), los partidos americanos eran vistos como coaliciones entre diferentes grupos cuyos intereses se agregaban alrededor de un programa atractivo para la mayoría de los votantes, y que trataban de hacer avanzar esos intereses a través de su presencia en el gobierno (véanse Key 1964 y Sorauf 1964). Un segundo foco de atención anterior de la bibliografía sobre los partidos americanos adoptó un tono más normativo, al proponer la necesidad de que los partidos se responsabilizaran ofreciendo a los votantes compromisos políticos que realizarían cuando llegaran al gobierno o que servirían como programas alternativos cuando estuvieran en la oposición (véanse Ranney 1975 y Epstein 1968). El desarrollo a partir de los años setenta de diversas propuestas derivadas de los trabajos de Schumpeter (1942) y Downs (1957) sirvió de base para una nueva fase en el estudio de los partidos americanos dominada crecientemente por la perspectiva de la elección racional.

Esta tercera fase, basada en una analogía entre el funcionamiento de los mercados económicos y el llamado mercado político, ha reducido los partidos a grupos de políticos que compiten por las instituciones. Aunque los modelos que se concentran en la competición electoral han facilitado un crecimiento extraordinario de los estudios realizados por distintas escuelas de la elección racional, son problemáticos para el propósito de generar una teoría de los partidos más allá del modelo extremadamente formalizado del sistema bipartidista americano. Desde luego, la definición de partido de Downs (1957: 25) presenta claras ventajas frente a la aproximación funcionalista al caracterizar a los partidos como orientados por objetivos, a los políticos como actores

¹¹ Véanse Meehan (1967: cap. 3) y Flanagan y Fogelman (1967) para dos evaluaciones generales críticas, y Lowi (1963), Scarrow (1967) y King (1969) para críticas específicas de los estudios funcionalistas sobre los partidos políticos.

racionales y a sus objetivos como ordenados de acuerdo a preferencias que pueden conseguirse a través del acceso a puestos gubernamentales. Pero esta aproximación es también problemática en la medida en que su análisis está basado en una serie de supuestos altamente simplificadores cuya correspondencia con la realidad es muy cuestionable. Uno de éstos es que concibe al partido como un actor unitario o como un “equipo” unificado. Como explicaba Downs (1957: 25-26), “por equipo quiero decir una coalición cuyos miembros están de acuerdo sobre todos sus objetivos y no sólo sobre parte de ellos. Por lo tanto, cada miembro del equipo tiene exactamente los mismos objetivos que cualquier otro (...). En efecto, esta definición trata cada partido como si fuera una única persona”. También son problemáticos los simplificadores supuestos sobre las motivaciones de los políticos. Como de nuevo describe Downs (1957: 28), “asumimos que [los políticos] (...) actúan únicamente para conseguir el ingreso, el prestigio y el poder que procede de estar en el gobierno (...). Su único objetivo es cosechar *per se* las recompensas del gobierno. Consideran las políticas puramente como medios para la consecución de sus propósitos privados, que pueden lograr únicamente siendo elegidos”. En consecuencia, “los partidos formulan políticas para ganar elecciones, más que ganan elecciones para formular políticas”. Esta caracterización extremadamente reduccionista ignora la complejidad organizativa de los partidos (véase Schlesinger 1984, 1991), las interacciones entre los miembros del partido, la obvia existencia de preferencias partidistas acerca de las políticas y sus a veces conflictivas posiciones sobre objetivos y preferencias¹². También concentra exclusivamente su atención sobre la competición electoral entre partidos, que describe como competición entre candidatos¹³. Los partidos han desapareci-

¹² Por ejemplo, Gunther (1989) descubrió, a través de una extensa serie de entrevistas con líderes de partidos españoles, que muy a menudo su comportamiento no estaba guiado por cálculos de ventajas electorales en el corto plazo. En cambio, a veces formulaban sus estrategias y orientaban su comportamiento intentando conseguir otros dos objetivos –consolidar completamente el nuevo régimen democrático en España y establecer organizaciones partidistas duraderas– que en numerosas ocasiones resultaron ser incompatibles con la maximización del voto en el corto plazo.

¹³ Se conceptualiza el proceso electoral como un modelo de competición basado en la percepción del votante de las posiciones de los candidatos sobre cuestiones políticas (*issues*), estando la decisión de voto basada en la proximidad percibida entre esas posiciones sobre dichas cuestiones; un partido es, por lo tanto, poco más que la agregación, por parte de sus candidatos, de posiciones sobre ciertas cuestiones en una elección dada (véase, por ejemplo, Davis, Hinich y Ordeshook 1970: 426 y 445). Para un análisis posterior de estos temas que utiliza concepciones formalizadas de los partidos, véase Hinich y Munger (1997).

do virtualmente como actores significativos en los análisis de la escuela de la elección racional¹⁴. Verdaderamente, la mayoría de los análisis de este tipo han llegado incluso a evitar hacer referencias explícitas a los “partidos”, subsumiendo el concepto de partido bajo la rúbrica de los “candidatos”. Y cuando sí aparecen tales referencias, éstas están sujetas frecuentemente a sobresimplificaciones que contradicen la realidad y dan lugar a hipótesis de dudosa validez¹⁵. Como afirma Roemer (próxima publicación: Introducción) el modelo downsiano, y muchos de aquéllos que lo han adoptado, incurre en un grave error cuando simplifica estas dinámicas hasta el punto de eliminar la política de la competición política.

Como resultado de estos presupuestos básicos, la contribución de la literatura de la elección racional al desarrollo de la teoría sobre los partidos ha sido notablemente débil (con las excepciones señaladas más abajo). Las críticas a las aplicaciones de la elección racional a la ciencia política (como las efectuadas por Green y Shapiro 1994) son particularmente pertinentes en el estudio de los partidos: La pretensión universalista de los axiomas y supuestos de esta aproximación ha ignorado –inapropiada y arbitrariamente– la gran variación de tipos de partidos existente; la selección de sus hipótesis guiada por el método (en vez de por el problema) ha restringido enormemente su aplicabilidad e incluso su relevancia para muchas facetas del comportamiento de los partidos; y su capacidad explicativa de las interacciones de los partidos con los votantes, o con otros partidos, es también débil. Por lo tanto, la misma consistencia y simplicidad de las ideas que sostienen esta aproximación, que son supuestamente tan beneficiosas para el propósito de promover la contrastación de hipótesis y la construcción de una teoría potencialmente acumulativa, son también fuentes de debilidad cuando se aplican al estudio de los partidos, sobre todo debido a su incapacidad para capturar la complejidad, multidimensionalidad y naturaleza interactiva de los objetivos que persiguen los partidos y sus líderes, las estrategias que despliegan y los comportamientos que adoptan en el mundo real de la política. Como se ha señalado, el análisis de la competición partidista

¹⁴ En el libro de Shepsle y Bonchek (1997), por ejemplo, los partidos están notablemente ausentes de las explicaciones de las interacciones entre los actores, procesos e instituciones políticas. Los partidos sólo aparecen en el penúltimo capítulo sobre “Gobierno de gabinete y democracia parlamentaria [en Europa occidental]”.

¹⁵ Por ejemplo, Brenan y Lomasky (1993: 121) asumen como una de las premisas sobre las que basan su investigación “la existencia de un sistema bipartidista en muchas democracias occidentales”.

es un buen ejemplo de ello. Bartolini (2002) ha analizado cuidadosamente los problemas asociados a la unidimensionalidad y ambigüedad del concepto de competición, tomado inicialmente de la economía y aplicado, a menudo acriticamente, al campo político. Según demuestra, muchos de los supuestos simplificadores presentes en esa aproximación no concuerdan bien con importantes aspectos de la competición real en el ámbito de la política. En consecuencia, la construcción teórica sobre los partidos ha sido socavada por la pobre correspondencia entre una realidad empírica frecuentemente compleja, desordenada y multidimensional, por un lado, y un intento de formación de teoría “elegante”, pero a menudo simplista e irreal, por otro. Dadas estas incompatibilidades entre modelos excesivamente simples y una realidad altamente compleja, surgen dudas incluso sobre el grado en que estos esfuerzos por establecer un único marco común para la deducción de hipótesis y la construcción de una teoría acumulativa de la política pueden, finalmente, resultar contraproducentes.

Afortunadamente, en los últimos años algunos investigadores han empleado versiones “blandas” de la teoría de la elección racional en sus estudios sobre los partidos. Estos autores reconocen que, en los modelos sobre la competición electoral, la reducción de los “partidos” a candidatos individuales ha debilitado el análisis empírico de las organizaciones partidistas. Como concluye Strøm (1990b: 565), “los modelos de elección racional sobre los partidos (...) no han conseguido generar una teoría simple y coherente del comportamiento competitivo de los partidos o producir resultados robustos que puedan aplicarse bajo una variedad de condiciones ambientales”. En cambio, aquellos estudios de “elección racional blanda” han relajado en sus análisis empíricos muchos de los supuestos centrales de las visiones más rígidas de este enfoque; sus representaciones de la racionalidad de los actores políticos son mucho más plausibles (siendo todavía bastante estilizadas); han ensanchado el rango de los objetivos perseguidos por los políticos; han incluido en sus análisis consideraciones sobre los límites que diversos contextos imponen al comportamiento de los partidos; y han prestado más atención a los datos empíricos en el desarrollo de las proposiciones teóricas sobre los partidos¹⁶. Estos estudios se han basado en análisis empíricos sistemáticos y han pretendido mejorar la elaboración de teorías teniendo en cuenta la complejidad organizativa de los partidos, las distinciones entre sus objetivos y la interac-

¹⁶ Véanse, por ejemplo, Strøm (1990a: cap. 2), Budge y Keman (1990), Aldrich (1995), Laver y Shepsle (1996) y Müller y Strom (1999a, 1999c). Para estudios de caso de dos familias de partidos específicas, véanse Koelbe (1991) y Kalyvas (1996).

ción entre las demandas de los votantes y la naturaleza de las ofertas presentadas por los partidos. De este modo, tratan a los partidos como variables endógenas cuyas características organizativas, ideológicas e institucionales están condicionadas por las estrategias perseguidas por los líderes (actuando como actores racionales) y por los diversos contextos de los sistemas políticos dentro de los que actúan. Esos estudios han realizado avances significativos en el establecimiento de un marco común para la teorización sobre el comportamiento de los partidos, las preferencias de sus líderes y las condiciones que afectan a la formación de gobiernos en sistemas políticos con diversas estructuras institucionales. Desde nuestro punto de vista, tienen una mayor probabilidad de hacer contribuciones relevantes a la elaboración de teorías sobre los partidos, que la aplicación de modelos económicos simplistas al estudio de organizaciones partidistas complejas y de sus interrelaciones con diferentes conjuntos de actores en la sociedad y en el gobierno. Sin embargo, persisten todavía algunos problemas, especialmente en relación con la capacidad de este enfoque para integrar supuestos sobre el comportamiento de los líderes de diferentes tipos de partidos dentro de sistemas políticos similares, o de partidos con características organizativas comunes en sistemas diferentes. En este sentido, Wolinetz (2002) ha realizado recientemente un esfuerzo por conectar los esquemas clasificatorios basados en los diferentes objetivos perseguidos por las elites de los partidos con criterios operativos mejor dotados para la generación de hipótesis contrastables y la construcción de teorías sobre los partidos.

Una tercera tradición intelectual pretende generar aportaciones teóricas empleando una aproximación inductiva al estudio de los partidos. Más clásica y respetada por su larga tradición, esta línea ha elaborado un gran número de modelos y tipologías de partidos. Aunque se ha aprendido mucho acerca de la estructura, las estrategias y el comportamiento de los partidos a partir de las hipótesis de rango medio, tampoco este intento ha cumplido sus expectativas sobre el desarrollo de una teoría sobre los partidos. Ello ha sido así por una variedad de razones. En primer lugar, la mayoría de las tipologías de partidos estaba exclusivamente basada en las experiencias históricas de un número notablemente escaso de democracias europeas durante las primeras seis décadas del siglo XX. Esta conceptualización generalmente estática ha tenido una aplicabilidad limitada a partidos de otros países (incluso con democracias estables como Estados Unidos), ha sido incapaz de dar cuenta de los retos a los que se enfrentan los partidos y ha resultado crecientemente irrelevante para los estudios de un gran número de partidos que han surgido a raíz de la “tercera ola” de democratización. Ni los

esquemas de categorización clásicos (por ejemplo, Duverger 1954 y Neumann 1956) ni los más contemporáneos (por ejemplo, Kirchheimer 1966, Panebianco 1988 y Katz y Mair 1995) han logrado capturar todo el rango de variación del extremadamente amplio número de partidos actuales, especialmente a la vista del escaso número de tipos de partidos elaborados en cada una de esas contribuciones.

Este enfoque tampoco ha permitido la construcción acumulativa de teoría ni un mínimo consenso sobre una categorización de los partidos de acuerdo a conjuntos de criterios consistentes. En realidad, como han señalado Gunther y Diamond (2002), las diversas tipologías han diferido sustancialmente respecto a la naturaleza fundamental de los criterios usados para distinguir los distintos tipos de partidos. Algunas de estas categorizaciones (por ejemplo, Neumann 1956, Kitschelt 1989 y Katz y Mair 1995) se basan en criterios funcionales, diferenciando los partidos sobre la base de una *raison d'être* organizativa o de algún objetivo específico que persiguen. Otras son organizativas (Duverger 1954, Kitschelt 1994 y Panebianco 1988), distinguiendo entre los partidos que tienen estructuras organizativas débiles y los que han desarrollado grandes infraestructuras y complejas redes de relaciones de colaboración con otras organizaciones secundarias. Mientras que otras –por ejemplo, Michels (1962 [1911]) y Eldersveld (1964)– han adoptado criterios sociológicos, basando su trabajo explícita o implícitamente en la noción de que los partidos son productos de (y deben representar los intereses de) varios grupos sociales. Finalmente, algunos prominentes académicos mezclan indiscriminadamente esos tres conjuntos de criterios. Este es el caso de Kirchheimer (1966), que plantea cuatro modelos de partido: partidos burgueses de representación individual, partidos de masas de clase, partidos de masas confesionales y partidos *catch-all*.

A pesar de que son útiles para la identificación de características distintivas de los partidos, estas tipologías no son inherentemente explicativas. Su mayor utilidad, como señaló Rokkan (1967: 174), se produce cuando se han empleado criterios multidimensionales para capturar configuraciones complejas de rasgos, incluyendo elementos que pueden ser significativos en un contexto político particular pero, al mismo tiempo, permitiendo el análisis comparativo en relación a varias dimensiones. Sin embargo, cuando estas tipologías se aplican incorrectamente pueden inducir a los investigadores a caer en una trampa metodológica basada en el supuesto implícito de que un tipo de partido específico se convertirá en dominante y caracterizará una fase completa en un proceso de evolución histórica a largo plazo, y que será seguido por su desplazamiento como partido prototípico por un tipo diferente en un

periodo subsiguiente¹⁷. Además, una utilización inapropiada y superficial de los modelos de partidos puede debilitar los estudios empíricos y la elaboración de teorías, llevando a sobresimplificaciones groseras de las características de los partidos, a supuestos injustificados de similitud (cuando no de uniformidad) entre partidos que de hecho son bastante diferentes y a la aplicación inapropiada de etiquetas (como la de *catch-all*) a partidos cuyas características organizativas, ideológicas o estratégicas difieren significativamente del modelo original. En resumen, los investigadores pueden sentirse obligados a forzar la cuadratura del círculo porque las opciones disponibles son insuficientes en número y variedad para capturar la naturaleza esencial de muchos partidos del mundo real. Esto, a su vez, lleva a no prestar atención a las diferencias potencialmente significativas que existen entre los partidos o a las tensiones y tendencias evolutivas dentro de los propios partidos, cuando en realidad pueden tener una relevancia teórica considerable.

¿Hacia dónde vamos desde aquí?

El estudio de los partidos no debe ser fundamentalmente diferente del de otros subcampos de la ciencia política. Como empresa científica que es, debe convertir el círculo vicioso mencionado antes en un círculo virtuoso, en el que proposiciones teóricas ayuden a estimular y estructurar la investigación empírica. A su vez, sobre la base de los resultados de la investigación empírica se validarían, rechazarían o modificarían las proposiciones teóricas. En consecuencia, los cánones básicos de la ciencia tienen reservado un importante papel tanto para los procesos analíticos inductivos como para los deductivos. La inducción es la más apropiada para la generación de proposiciones teóricas que concuerden con la realidad que pretenden explicar. La deducción es necesaria para derivar, a partir de proposiciones teóricas, hipótesis contrastables que puedan ser confirmadas o rechazadas a partir de la evidencia empírica. Hasta la fecha, este diálogo entre las fases inductiva y deductiva de las elaboraciones ha sido inadecuado en el estudio de los partidos.

¹⁷ Como ha observado Bartolini (1986: 259) en ninguna fase histórica ha existido una homogeneización de los partidos. Al contrario, varios tipos diferentes de partidos han coexistido a lo largo de toda la historia de la competición multipartidista democrática, de tal forma que partidos preexistentes han coincidido con los nuevos tipos emergentes. Ello ha continuado hasta nuestros días: incluso aunque ha habido una tendencia general hacia partidos “organizativamente débiles”, en la mayoría de los sistemas democráticos coexisten tipos de partidos muy diferentes.

Hemos revisado brevemente dos intentos predominantemente deductivos para establecer una teoría general de los partidos (o incluso de la política en su sentido más amplio): uno de ellos, el funcionalismo estructural, fue importado desde los campos de la antropología y de la sociología; el otro, el análisis de la elección racional, desde la economía. Desde nuestro punto de vista, ninguno de ellos ha conseguido su objetivo de establecer un marco analítico común, o al menos reforzado un cierto consenso entre los investigadores de la disciplina que sirva de base aceptable para la investigación y la formación de teorías¹⁸. Como paradigma de la ciencia política el estatus del funcionalismo estructural duró menos de una década antes de que fuera virtualmente abandonado como marco para el análisis. Las aproximaciones fundadas en la elección racional han sido mucho más persistentes: en el estudio de los partidos, han sido empleadas por una minoría de investigadores durante más de cuatro décadas. Pero hasta el momento las versiones más rígidas y ortodoxas de la elección racional no han conseguido aproximarse al estatus de paradigma en este subcampo, ni tampoco han sido capaces de convencer a una mayoría de los académicos que trabajan en este área de que proporciona un enfoque válido o útil para enmarcar los estudios teóricos y empíricos del comportamiento de los partidos. Desde luego, muchos resultados valiosos se han derivado de las aplicaciones “blandas” de este enfoque, que comprueba rigurosamente hipótesis generadas a partir de los supuestos de la elección racional empleando datos empíricos. Dados los avances realizados por los estudiosos que utilizan este último planteamiento, es improbable que haya muchos investigadores que prefieran emplear las versiones más ortodoxas, abrumadoramente deductivas y no empíricas de la teoría de la elección racional: ciertamente, por las razones expuestas antes (y otras más elaboradas en Bartolini 2002), tenemos dudas acerca de la validez de la analogía fundamental entre los simples modelos económicos de individuos maximizadores de los beneficios, por un lado, y las complejas y multidimensionales organizaciones que persiguen una variedad de objetivos dentro de contextos ampliamente variables, por otro. Cabe preguntarse si podrá alguna vez lograrse una formulación teórica de los partidos, y más aún si se trata de la política en general. Compartimos este escepticismo con otros

¹⁸ Esta situación contrasta con la de la física, donde ha existido durante décadas un amplio consenso respecto a qué tipos de fenómenos pueden ser explicados adecuadamente por las hipótesis derivadas del paradigma newtoniano, qué fenómenos incluyen procesos dinámicos que pueden ser explicados mejor por la física relativista, cuáles requieren análisis enraizados en los preceptos de la física cuántica, etc.

académicos que rechazan la noción de que puede construirse una teoría general que explique, a través de una serie de proposiciones interrelacionadas, fenómenos tan diversos como los que van desde los rasgos organizativos de los partidos hasta el impacto de las actividades de los partidos sobre las vidas de los ciudadanos. En resumen, tememos que la búsqueda de *una* teoría general de los partidos (o de la política) pueda resultar tan infructuosa como la del Santo Grial.

Esto no supone afirmar que los estudios empíricos predominantemente inductivos que dominan la bibliografía sobre los partidos hayan culminado en el desarrollo de un cuerpo satisfactorio de teorías de alcance medio. Aunque pueden extraerse muchas aportaciones teóricas interesantes de esa amplia literatura, y muchas de ellas aportan contribuciones empíricas significativas a la ciencia política, este campo se enfrenta a una confusión excesiva derivada de conceptos, términos y tipologías que son innecesariamente redundantes, no resultan comparables o no son acumulativos. Y aunque permitir este “florecimiento” pueda ser una estrategia adecuada para fomentar la proliferación de desarrollos novedosos en un campo nuevo, llegados a un cierto punto es deseable eliminar las malas hierbas del jardín y concentrarse en el cultivo de brotes más fructíferos. Creemos, en consecuencia, que el subcampo de los partidos se beneficiaría de la adopción de estrategias analíticas basadas sólidamente en un terreno intermedio entre los enfoques guiados por una metodología deductiva, escasamente empírica, y a veces excesivamente simplificadora, por un lado, y los estudios guiados empíricamente que ocasionalmente han culminado en una cacofonía de conceptos, tipologías y modelos, a veces compatibles pero redundantes y a veces incompatibles y no acumulativos, por otro. Como ha propuesto Janda (1993: 184), “ahora nuestro desafío es asimilar, desarrollar y extender la teoría existente más que esperar que descienda de las alturas una teoría general”¹⁹.

¿Qué tipo de pasos podrían seguirse para reforzar las teorías de rango medio y las hipótesis susceptibles de contrastación empírica relacionadas con los partidos? Una aproximación (tal como proponen Beyme 1985 y Wolinetz 1998c) consiste en desarrollar teorías parciales que traten aspectos específicos de los partidos, pero que vayan más allá de meras descripciones esquemáticas o de simples generalizaciones empíricas. Esta aproximación ha sido eficazmente utilizada en subcampos de la ciencia política relacionados estrechamente con el que tratamos en este artículo. En el del comporta-

¹⁹ Véase también Janda (1980), donde el autor contribuye a la teorización comparativa controlando empíricamente los conceptos que propuso originalmente Duverger (1954).

miento electoral, por ejemplo, este tipo de perspectiva queda ejemplificado por la “teoría del *clivaje* social”, en la que un conjunto de hipótesis explicativas (basadas en un grupo común de supuestos y conceptos y en el uso de un vocabulario común y de metodologías empíricas generalmente compatibles) se han comprobado sistemáticamente a lo largo de más de cuatro décadas. Este cuerpo de teoría no sólo ha sido capaz de alcanzar un amplio consenso alrededor de sus resultados empíricos, sino que también ha generado innovaciones teóricas notables y ha sido muy sensible a los cambios en la fuerza del anclaje del voto basado en clivajes sociales durante las pasadas décadas²⁰. Una segunda aproximación sería la de disminuir aún más las barreras entre los enfoques predominantemente deductivos, como la teoría de la elección racional, y los más tradicionales enfoques inductivos. En este sentido, Barnes (1997: 135) ha propuesto el desarrollo de teorías generales a través de la integración de las que él denomina islas de teoría inductiva y los principales logros de la elección racional. En muchos aspectos las brechas entre los dos enfoques no son tan grandes, como atestigua el reciente florecimiento de estudios de “elección racional blanda”. Desde el campo de la elección racional, Schlesinger (1984: 118) ha sostenido que los argumentos sobre la ausencia de teoría acerca de los partidos son simplemente una exageración, dado que existe un marco común que cimenta la mayoría de las monografías sobre partidos, aunque pueda ser necesario pulir, sistematizar y contrastar empíricamente ese marco teórico. De modo similar, Müller y Strøm (1999b: 307) proponen que se realice mucho más frecuentemente un compromiso entre las tradiciones de investigación caracterizadas por la elaboración de modelos formales y las aproximaciones más empíricas e inductivas. Mientras que este enfoque supondría un abandono de las pretensiones universalistas basadas en los estrictos supuestos de la racionalidad, que a veces imposibilitan su comprobación empírica sistemática, podría también impulsar los estudios sobre los partidos, de otro modo ateóricos y descriptivos, tratando de alcanzar construcciones teóricas solventes en base a una generación deliberada de hipótesis y de su contrastación empírica.

Una tercera aproximación consistiría en mantener una posición básicamente inductiva/empírica pero facilitar la generación y comprobación de hipótesis consolidando la miríada de tipologías existentes. De este modo se adoptaría una terminología común para describir los modelos de partidos

²⁰ Véase, por ejemplo, Lipset (1960, 1981), Lipset y Rokkan (1967a), Rose (1974), Bartolini y Mair (1990), Franklin, Mackie, Valen *et al* (1992), Evans (1999), Bartolini (2000a), Karvonen y Kuhnle (2001) y Gunther y Montero (2001).

fundamentalmente equivalentes que en la actualidad se agrupan bajo diferentes nombres. Esto, a su vez, requeriría la estandarización de los criterios con los que se categorizan los partidos y, si es preciso, la elaboración de modelos adicionales que capturen la esencia de los partidos que han emergido en algunas de las nuevas democracias de la “tercera ola”, más allá de las regiones ampliamente estudiadas de Europa occidental y de América del norte, o en las democracias establecidas con posterioridad a la formulación de las tipologías tradicionales²¹. Los beneficios de esta orientación pueden observarse en otros dos subcampos muy relacionados, como son las dinámicas de los sistemas de partidos²² y los efectos de los sistemas electorales²³: El desarrollo de ambos se ha visto facilitado por un conjunto común de conceptos, vocabularios y fórmulas para calcular sus principales indicadores operativos. Un acuerdo general sobre el significado y operacionalización de estos conceptos ha hecho posible comparar, consistente y precisamente, los sistemas de partidos democráticos entre sí y observar su evolución a lo largo de varias décadas. Esta estandarización de conceptos, términos e indicadores operativos no ha tenido lugar todavía en el estudio de los partidos *per se*.

Otra aproximación, más modesta pero a nuestro juicio también necesaria, consiste en reexaminar críticamente las viejas tipologías, los conceptos y los supuestos que las sostienen. Este es el planteamiento adoptado en Gunther, Montero y Linz (2002). El desarrollo final de modelos de partidos más comprensivos, sistemáticos y coherentes, por ejemplo, requiere entender las fortalezas y debilidades de las tipologías existentes. Ese trabajo también explora algunas de las críticas usuales, con el objetivo de identificar errores comunes en los estudios empíricos basados en esos conceptos, y plantea nuevas preguntas que la investigación empírica podría dirigirse provechosamente. Por ejemplo, en ese libro Daalder (2002) discute los sesgos analíticos y los supuestos valorativos que socavan la credibilidad de muchas contribuciones de la literatura sobre el declive de los partidos. En un sentido similar, Puhle

²¹ Véase Gunther y Diamond (2002) para un esfuerzo de este tipo.

²² Entre muchos de los análisis de los sistemas de partidos dignos de mención a lo largo de las cinco últimas décadas están Duverger (1954), Lipset y Rokkan (1967), Sartori (1976), Merkl (1980), Daalder y Mair (1983), Beyme (1985), Wolinetz (1988), Ware (1996), Mair (1997), Pennings y Lane (1998), Broughton y Donovan (1999) y Karvonen y Kuhnle (2001).

²³ Una continua línea de desarrollo de teoría e indicadores operativos en este subcampo puede trazarse desde Duverger (1954) a Rae (1971), Nohlen (1984), Grofman y Lijphart (1986), Taagepera y Shugart (1989), Lijphart (1994) y Cox (1997). Una reciente contribución excelente es Penadés (2000).

(2002) critica la aplicación errónea del término “*catch-all*” a partidos muy diferentes de los que Kirchheimer tenía en mente cuando formuló ese concepto. Katz y Mair (2002) también van más allá del enfoque tradicional de empleo de los modelos de partidos al analizar las interrelaciones entre diferentes modelos de organización partidista (partidos de cuadros, de masas, *catch-all* y cartel) y entre las diversas “caras” de los partidos²⁴. De forma parecida, Blondel (2002) argumenta que los diferentes papeles desempeñados por el patronazgo de los partidos dentro de varios contextos institucionales tienen importantes implicaciones para el rendimiento de los partidos y su declive. Wolinetz (2002) reexamina críticamente los esquemas clasificatorios existentes y propone que concentremos nuestra atención en la distinción entre partidos que buscan votos, que buscan políticas y que buscan posiciones de gobierno. Y como ya se ha mencionado, Bartolini (2002) explora rigurosamente los supuestos que sostienen la aplicación de modelos económicos simples de competición al estudio de los partidos y de la competición electoral. En el mismo libro, los capítulos de Sferza (2002) y Gunther y Hopkin (2002) llevan a cabo estudios de caso de partidos específicos y demuestran la extraordinaria importancia de diferentes modelos de partidos para su funcionamiento e incluso supervivencia. El análisis comparativo de datos de encuesta permite a Torcal, Gunther y Montero (2002) rebatir supuestos comunes sobre el significado, orígenes y consecuencias de las actitudes anti-partidistas de los ciudadanos. Y Linz (2002) concluye suscitando una serie de cuestiones que estima deben servir como base para el futuro análisis empírico. En suma, todos ellos intentan preparar el terreno para próximos esfuerzos de elaboración teórica acerca de los partidos, reexaminando algunos de los conceptos, modelos y conexiones establecidos que han cimentado este campo de estudio en las pasadas cinco décadas, y explorando su aplicabilidad a los partidos de hoy. Desde una variedad de perspectivas –conceptuales y empíricas–, estas recientes contribuciones pretenden refinar el conocimiento acumulativo sobre los partidos, la formulación de hipótesis contrastables que puedan servir como base para la elaboración de teorías de rango medio y la construcción de proposiciones teóricas con mayor poder explicativo.

²⁴ Estas “caras” son las del partido como organización de afiliados, el partido como organización central y el partido en las instituciones, como establecían en un trabajo anterior Katz y Mair (1993) y como formularon originalmente Key (1964) y Sorauf (1964). Véanse también Beck (1996) y Dalton y Wattenberg (2000a). Aldrich (1995: cap. 6) ha añadido una cuarta “cara”, la del partido en las elecciones, y Blondel y Cotta (1996, 2000) han detallado el partido en el gobierno dentro del partido en las instituciones.

Bibliografía

- Aldrich, J. H. (1995) *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Almond, G. A. (1960) "A Functional Approach to Comparative Politics", en Almond G. A. y James S. Coleman (eds.) *The Politics of Developing Areas*, Princeton, Princeton University Press.
- Almond, G. A. y G. B. Powell (1966) *Comparative Politics. A Developmental Approach*, Boston, Little Brown.
- Barnes, S. E. (1997) "Electoral Behaviour and Comparative Politics", en Lichbach M. I. y A. S. Zuckerman (eds.) *Comparative Politics: Rationality, Culture and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bartolini, S. (1986) "Partiti e sistemi di partito", en Pasquino G. (ed.) *Manuale di scienza della politica*, Bologna, Il Mulino.
- Bartolini, S. (2000) *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980. The Class Cleavage*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bartolini, S. (2002). "Electoral and Party Competition: Analytical Dimensions and Empirical Problems", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Bartolini, S. y P. Mair (1990) *Identity, Competition and Electoral Availability*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bartolini, S., D. Caramani y S. Hug. (1998) *Parties and Party Systems: A Bibliographical Guide to the Literature on Parties and Party Systems in Europe since 1945*, Londres, Sage. (En CD-rom.)
- Bartolini, S. y P. Mair (2002) "The Challenge to Political Parties in Contemporary Democracies", en Diamond L. y R. Gunther (eds.) *Political Parties and Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Beck, P. A. (1996) *Party Politics in America*, Nueva York, Longman, 8ª ed.
- Berger, S. (1979) "Politics and Anti-Politics in Western Europe in the Seventies", en *Daedalus*, N° 108.
- Beyme, K. v. (1985) *Political Parties in Western Democracies*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Beyme, K. v. (1993) *La clase política en el Estado de partidos*, Madrid, Alianza Editorial.
- Blondel, J. (2002) "Party Government, Patronage, and Party Decline in Western Europe", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Blondel, J. y M. Cotta (eds.) (1996) *Party Government. An Inquiry into the Relationship between Government and Supporting Parties in Liberal Democracies*, Londres, Macmillan.

- Blondel, J. y M. Cotta (eds.) (2000) *The Nature of Party Government. A Comparative European Perspective*, Londres, Palgrave.
- Boix, C. (1998) *Political Parties, Growth, and Equity. Conservative and Social Democratic Strategies in the World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Brennan, G. y L. Lomasky (1995) *Democracy and Decision. The Pure Theory of Electoral Preference*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Broder, D. S. (1971) *The Party's Over: The Failure of Politics in America*, Nueva York, Harper and Row.
- Broughton, D. y M. Donovan (eds.) (1999) *Changing Party Systems in Western Europe*, Londres, Pinter.
- Bryce, J. (1921) *Modern Democracies*, Nueva York, The Macmillan Company.
- Budge, I. y H. Keman (1990) *Parties and Democracy: Coalition Formation and Government Functioning in 20 States*, Oxford, Oxford University Press.
- Caramani, D. y S. Hug (1998) "The Literature on European Parties and Party Systems since 1945: A Quantitative Analysis", en *European Journal of Political Research*, N° 33.
- Coleman, J. J. (1996) *Party Decline in America. Policy, Politics, and the Fiscal State*, Princeton, Princeton University Press.
- Cox, G. W. (1997) *Making Votes Count*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Crotty, W. A. (1984) *American Political Parties on Decline*, Boston, Little Brown, 2ª ed.
- Crotty, W. A. (1991) "Political Parties: Issues and Trends", en Crotty W. A. (ed.) *Political Science: Looking to the Future*, Evanston, Northwestern University Press, Vol. 4.
- Daalder, H. (1983) "The Comparative Study of European Parties and Party Systems: An Overview", en Daalder H. and P. Mair (eds.) *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Londres, Sage.
- Daalder, H. (2002) "Parties: Denied, Dismissed, or Redundant", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Daalder, H. y P. Mair (eds.) (1983) *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Londres, Sage.
- Dalton, R. J. y M. P. Wattenberg (eds.) (2000a) *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press.
- Dalton, R. J. y M. P. Wattenberg (eds.) (2000b) "Partisan Change and the Democratic Process", en Dalton R. J. y M. P. Wattenberg (eds.) *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford, Oxford University Press.
- Davis, D. A., M. J. Hinich y P. C. Ordeshook (1970) "An Expository Development of a Mathematical Model of the Electoral Process", en *American Political Science Review*, N° 64.

- Diamond, L. y R. Gunther (eds.)** (2002) *Political Parties and Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Diamandouros, P. N. y R. Gunther (eds.)** (2001) *Parties, Politics and Democracy in the New Southern Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Downs, A.** (1957) *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper & Row.
- Duverger, M.** (1954) *Political Parties: Their Organization and Activity in the Modern State*, Londres, Methuen.
- Eldersveld, S. J.** (1964) *Political Parties: A Behavioral Analysis*, Chicago, Rand McNally.
- Epstein, L. D.** (1967) *Political Parties in Western Democracies*, Nueva York, Praeger.
- Epstein, L. D.** (1968) *Political Parties in the American Mold*, Madison, The University of Wisconsin Press.
- Epstein, L. D.** (1975) "Political Parties", en Greenstein F. I. y N. W. Polsby (eds.) *Handbook of Political Science*, Reading, Addison-Wesley, Vol. 8: *Nongovernmental Politics*.
- Epstein, L. D.** (1983) "The Scholarly Commitment to Parties", en Finifter A. W. (ed.) *Political Science: The State of the Discipline*, Washington D. C., American Political Science Association.
- Evans, G. (ed.)** (1999) *The End of Class Politics? Class Voting in Comparative Context*, Oxford, Oxford University Press.
- Evans, G. y S. Whitefield** (1996) *The Bases of Party Competition in Eastern Europe: Social and Ideological Cleavages in Post-Communist States*, Oxford, Oxford University Press.
- Farrell, D., I. Hollyday y P. Webb** (próxima publicación) *Political Parties in Democratic States*, Oxford, Oxford University Press.
- Flanagan, W. y E. Fogelman** (1967) "Functional Analysis", en Charlesworth J. C. (ed.) *Contemporary Political Analysis*, Nueva York, The Free Press.
- Franklin, M., T. Mackie y H. Valen et al.** (1992) *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Green, D. P. e I. Shapiro** (1994) *Pathologies of Rational Choice Theory. A Critique of Applications in Political Science*, New Haven, Yale University Press.
- Grofman, B. y A. Lijphart (eds.)** (1986) *Electoral Laws and Their Political Consequences*, Nueva York, Agathon Press.
- Gunther, R.** (1989) "Electoral Laws, Party Systems, and Elites: The Case of Spain", en *American Political Science Review*, N° 83.
- Gunther, R. y L. Diamond** (2002) "Types and Functions of Parties", en Diamond L. y R. Gunther (eds.) *Political Parties and Democracy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Gunther, R. y J. R. Montero** (2001) "The Anchors of Partisanship: A Comparative Analysis of Voting Behaviour in Four Southern European Democracies", en Diamandouros P. N. y R. Gunther (eds.) *Parties, Politics and Democracy in the New Southern Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

- Gunther, R. y J. Hopkin** (2002) "A Crisis of Institutionalization: The Collapse of the UCD in Spain", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Gunther, R., J. R. Montero y J. J. Linz** (eds.) (2002) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Hermet, G., J. Th. Hottinger y D. L. Seiler** (eds.) (1998) *Les parties politiques en Europe de l'Ouest*, París, Economica.
- Hinich, M. J. y M. C. Munger** (1997) *Analytical Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hofferbert, R.** (ed.) (1998) *Parties and Democracy: Party Structure and Party Performance in Old and New Democracies*, Oxford, Blackwell.
- Holt, R. E.** (1967) "A Proposed Structural-Functional Framework", en Charlesworth J. C. (ed.) *Contemporary Political Analysis*, Nueva York, The Free Press.
- Ignazi, P. y C. Ysmal** (eds.) (1998) *The Organization of Political Parties in Southern Europe*, Westpoint, Praeger.
- Janda, K.** (1980) *Political Parties: A Cross-National Survey*, Nueva York, The Free Press.
- Janda, K.** (1993) "Comparative Political Parties: Research and Theory", en Finifter A. W. (ed.) *Political Science: The State of the Discipline II*, Washington D.C., American Political Science Association.
- Kalyvas, S. N.** (1996) *The Rise of Christian Democracy in Europe*, Ithaca, Cornell University Press.
- Karvonen, L. y S. Kuhnle** (eds.) (2001) *Party Systems and Voter Alignments Revisited*, Londres, Routledge.
- Karvonen, L. y J. Ryssevik** (2001) "How Bright Was the Future? The Study of Parties, Cleavages and Voters in the Age of the Technological Revolution", en Karvonen L. y S. Kuhnle (eds.) *Party Systems and Voter Alignments Revisited*, Londres, Routledge.
- Katz, R. S. y P. Mair** (1993) "The Evolution of Party Organizations in Europe: The Three Faces of Party Organization", en Crotty W. (ed.) *Political Parties in a Changing Age*, número especial de la *American Review of Politics*, N° 14.
- Katz, R. S. y P. Mair** (eds.) (1994) *How Parties Organize: Change and Adaptation in Party Organization in Western Democracies*, Londres, Sage.
- Katz, R. S. y P. Mair** (1995) "Changing Models of Party Organisation and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party", en *Party Politics*, N° 1. [También en Mair 1997: cap. 5.]
- Katz, R. S. y P. Mair** (2002) "The Ascendancy of the Party in Public Office: Party Organizational Change in 20th Century Democracies", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.

- Key, V. O. (Jr.) (1949) *Southern Politics*, Nueva York, Vintage.
- Key, V. O. (Jr.) (1964) *Politics, Parties and Pressure Groups*, Nueva York, Crowell.
- Kirchheimer, O. (1966) "The Transformation of Western European Party Systems", en LaPalombara J. y M. Weiner (eds.) *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- Kies, N. E. (1966) "A Selected Bibliography", en LaPalombara J. y M. Weiner (eds.) *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- King, A. (1969) "Political Parties in Western Democracies", en *Polity*, N° 2.
- Kitschelt, H. (1989) *The Logics of Party Formation: Ecological Politics in Belgium and West Germany*, Ithaca, Cornell University Press.
- Kitschelt, H. (1994) *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kitschelt, H., Z. Mandfeldova, R. Markowski y G. Toka (1999) *Post-communist Party Systems. Competition, Representation, and Inter-party Cooperation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Koelbe, Th. (1991) *The Left Unraveled*, Durham, Duke University Press.
- Kuechler, M. y R. J. Dalton (1990) "New Social Movements and the Political Order: Inducing Change for Long-term Stability", en Dalton R. J. y M. Kuechler (eds.) *Challenging the Political Order. New Social Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press.
- LaPalombara, J. y M. Weiner (eds.) (1966) *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- Laver, M. y K. Shepsle (1996) *Making and Breaking Governments*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lawson, K. (1976) *The Comparative Study of Political Parties*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Lawson, K. y P. Merkl (eds.) (1988a) *When Parties Fail: Emerging Alternative Organizations*, Princeton, Princeton University Press.
- Lawson, K. y P. Merkl (eds.) (1988b) "Alternative Organizations: Environmental, Supplementary, Communitarian, and Authoritarian", en Lawson K. y P. Merkl (eds.) *When Parties Fail. Emerging Alternative Organizations*, Princeton, Princeton University Press.
- Lijphart, A. (1994) *Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990*, Oxford, Oxford University Press.
- Linz, J. J. (2002) "Parties in Contemporary Democracies: Problems and Paradoxes", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Lipset, S. M. (1960) *Political Man. The Social Bases of Politics*, Nueva York, Doubleday.

- Lipset, S. M. (1981) *Political Man. The Social Bases of Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, (ed. ampliada y actualizada).
- Lipset, S. M. y S. Rokkan (eds.) (1967) *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, The Free Press.
- Lowi, T. (1963) "Toward Functionalism in Political Science: The Case of Innovation in Party Systems", en *American Political Science Review*, N° 57.
- Mainwaring, S. y T. R. Scully (eds.) (1995) *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- Mair, P. (1997) *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford, Oxford University Press.
- Meehan, E. S. (1967) *Contemporary Political Thought. A Critical Study*, Nueva York, Dorsey Press.
- Merkel, P. H. (ed.) (1980) *Western European Party Systems. Trends and Prospects*, Nueva York, The Free Press.
- Merriam, Ch. E. (1922) *The American Party System*, Nueva York, Macmillan.
- Michels, R. (1962) [1911] *Political Parties. A Sociological Study of the Organizational Tendencies in Modern Democracies*, Nueva York, The Free Press.
- Morlino, L. (1998) *Democracy Between Consolidation and Crisis: Parties, Groups, and Citizens in Southern Europe*, Oxford, Oxford University Press.
- Müller, W. C. (2000) "Political Parties in Parliamentary Democracies: Making Delegation and Accountability Work", en *European Journal of Political Research*, N° 37.
- Müller, W. C. y K. Strøm (eds.) (1999a) *Policy, Office, or Votes? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Müller, W. C. y K. Strøm (eds.) (1999b) "Conclusions: Party Behaviour and Representative Democracy", en Müller W. C. y K. Strøm (eds.) *Policy, Office, or Voters? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Müller, W. C. y K. Strøm (eds.) (eds.) (1999c) *Coalition Governments in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press.
- Neumann, S. (1956) "Toward a Comparative Study of Political Parties", en Neumann S. (ed.) *Modern Political Parties: Approaches to Comparative Politics*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Nohlen, D. (1984) *Elections and Electoral Systems*, Bonn, Forschungsinstitut der Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Norris, P. (1997) "Towards a More Cosmopolitan Political Science?", en *European Journal of Political Research*, N° 31.
- Offe, C. (1984) *Contradictions of the Welfare State*, Cambridge, MIT Press.
- Ostrogorski, M. I. (1964) [1902] *Democracy and the Organization of Political Parties*, Londres, Macmillan.

- Panbianco, A.** (1988) *Political Parties: Organization and Power*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Penadés, A.** (2000) *Los sistemas elementales de representación*, Madrid, Instituto Juan March, Tesis doctoral.
- Pennings, P. y J. E. Lane (eds.)** (1998) *Comparing Party System Change*, Londres, Routledge.
- Pridham, G. y P. G. Lewis (eds.)** (1996) *Stabilising Fragile Democracies. Comparing New Party Systems in Southern and Eastern Europe*, Londres, Routledge.
- Puhle, H. J.** (2002) "Still the Age of Cath-allism? *Volksparteien* and *Parteiinstaat* in Crisis and Reequilibration", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Rae, D. W.** (1971) *The Political Consequences of Electoral Laws*, New Haven, Yale University Press, 2ª ed.
- Ranney, A.** (1954) *The Decline of Responsible Party Government*, Urbana, University of Illinois Press.
- Ranney, A.** (1975) *Curing the Mischiefs of Faction: Party Reform in America*, Berkeley, The University of California Press.
- Reiter, H. L.** (1989) "Party Decline in the West: A Skeptic's View", en *Journal of Theoretical Politics*, N° 1.
- Roemer, J. E.** (próxima publicación) *Political Competition. Theory and Applications*, Cambridge, Harvard University Press.
- Rokkan, S.** (1967) "The Structuring of Mass Politics in the Smaller European Democracies: A Developmental Typology", en *Comparative Studies in Society and History*, N° 10.
- Rose, R. (ed.)** (1974) *Electoral Behaviour: A Comparative Handbook*, Nueva York, The Free Press.
- Rose, R. y T. T. Mackie** (1988) "Do Parties Persist or Fail? The Big Trade-off Facing Organizations", en Lawson K. y P. H. Merkl (eds.) *When Parties Fail. Emerging Alternative Organizations*, Princeton, Princeton University Press.
- Sartori, G.** (1976) *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Scarrow, H. A.** (1967) "The Function of Political Parties: A Critique of the Literature and the Approach", en *Journal of Politics*, N° 29.
- Scarrow, S. E.** (1996) *Parties and Their Members: Organizing for Victory in Britain and Germany*, Oxford, Oxford University Press.
- Schattschneider, E. E.** (1942) *Party Government*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- Schlesinger, J. A.** (1984) "On the Theory of Party Organization", en *Journal of Politics*, N° 46.

- Schlesinger, J. A. (1991) *Political Parties and the Winning of Office*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Schmitt, H. y S. Holmberg (1995) "Political Parties in Decline?", en Klingemann H. D. y D. Fuchs (eds.) *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press.
- Schumpeter, J. A. (1942) *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, Harper & Row.
- Sferza, S. (2000) "Party Organization and Party Performance: The Case of the French Socialist Party", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- Shepsle, K. y M. S. Bonchek (1997) *Analyzing Politics. Rationality, Behavior and Institutions*, Nueva York, W. W. Norton.
- Sorauf, F. J. (1964) *Political Parties in the American System*, Boston, Little Brown.
- Stockton, H. (2001) "Political Parties, Party Systems, and Democracy in East Asia-Lessons From Latin America", en *Comparative Political Studies*, N° 34.
- Stokes, S. C. (1999) "Political Parties and Democracy", en *Annual Review of Political Science*, N° 2.
- Strøm, K. (1990a) *Minority Government and Majority Rule*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Strøm, K. (1990b) "A Behavioral Theory of Competitive Political Parties", en *American Journal of Political Science*, N° 34.
- Strøm, K. y L. Svåsand (1997a) *Challenges to Political Parties. The Case of Norway*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Strøm, K. y L. Svåsand (1997b) "Political Parties in Norway: Facing the Challenges of a New Society", en Strøm K. y L. Svåsand (eds.) *Challenges to Political Parties. The Case of Norway*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Strøm, K. y W. C. Müller (1999) "Political Parties and Hard Choices", en Müller W. C. y K. Strøm (eds.) *Policy, Office, or Voters? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Taagepera, R. y M. S. Shugart (1989) *Seats and Votes. The Effects and Determinants of Electoral Systems*, New Haven, Yale University Press.
- Tarrow, S. (1990) "The Phantom of the Opera: Political Parties and Social Movements of the 1960s and 1970s in Italy", en Dalton R. J. y M. Kuechler (eds.) *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford, Oxford University Press.
- Torcal, M., R. Gunther y J. R. Montero (2002) "Anti-party Sentiments in Southern Europe", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.

- Ware, A. (1996) *Political Parties and Party Systems*, Oxford, Oxford University Press.
- Wattenberg, M. P. (1990) *The Decline of American Political Parties: 1952-1988*, Cambridge, Harvard University Press.
- Weber, M. (1968) [1922]. *Economy and Society*, Berkeley, The University of California Press.
- White, S., J. Batt y P. G. Lewis (1993) *Developments in East European Politics*, Londres, Macmillan.
- Wolinetz, S. B. (1988) *Parties and Party Systems in Liberal Democracies*, Londres, Routledge.
- Wolinetz, S. B. (ed.) (1998a) *Political Parties*, Aldershot, Ashgate.
- Wolinetz, S. B. (ed.) (1998b) *Party Systems*, Aldershot, Ashgate.
- Wolinetz, S. B. (1998c) "Introduction", en Wolinetz S. W. (ed.) *Political Parties*, Aldershot, Ashgate.
- Wolinetz, S. B. (2002) "Beyond the Catch-all Party: Approaches to the Study of Parties and Party Organization in Contemporary Democracies", en Gunther R., J. R. Montero y J. J. Linz (eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.

Resumen

Para un primer grupo de escépticos, nuevos trabajos empíricos sobre los partidos no serían necesarios dado que a su juicio los partidos estarían inmersos en un proceso inexorable de declive. Para un segundo grupo de escépticos la investigación académica sobre los partidos no ha conseguido avanzar en la tarea de desarrollar una teoría rigurosa y convincente. El artículo muestra por qué estas visiones negativas son injustificadas. Se argumenta que los partidos se enfrentan a una serie de nuevos desafíos, muchos de los cuales no han sido ni anticipados ni abordados correctamente por la bibliografía existente sobre partidos. Y, aun-

que se reconoce la debilidad general de los esfuerzos realizados para construir una teoría sobre los partidos, se establece que la continua importancia de éstos en los sistemas democráticos, en combinación con la urgente investigación empírica requerida por las nuevas preguntas que han surgido al calor de los problemas existentes, confieren especial relevancia a la tarea de formulación y comprobación sistemática de hipótesis más sofisticadas y fundamentadas empíricamente con el objetivo último de desarrollar un conjunto de teorías de rango medio.

Palabras clave

ciencia política – partidos políticos – declive – teorías – democracia

Abstract

For a first group of skeptics, new empirical studies on parties are unnecessary because parties are inexorably in decline. For a second group, academic research on parties has not managed to develop convincing, rigorous theory. The article shows that these views are unjustified. It argues that political parties face a series of new challenges, many of which have neither been anticipated nor correctly addressed in the existing bibliography on parties. Although the authors recog-

nize the general weakness of efforts to construct a theory of parties, they maintain that the continued importance of parties in democratic systems, in combination with the urgent empirical research required by the new questions that existing problems have raised, confers particular relevance to the task of formulating and testing more sophisticated and empirically grounded hypotheses with the ultimate objective of developing a set of middle-range theories.

Key words

political science - political parties - decline - theories - democracy